

Desde sus más tempranos días, la Organización desarrolló una personalidad bastante distinta de la del resto de la Liga de Naciones, antecesora de las Naciones Unidas en el período entre las dos guerras mundiales. Mientras la Liga inició su andadura y funcionó con considerables dificultades, la OIT pronto estuvo en pleno desarrollo, con su excepcional primer Director, Albert Thomas, un Secretariado comprometido en un diálogo interactivo con los Ministerios de Trabajo y una Conferencia Internacional del Trabajo rebotante de energía: sólo en los dos primeros años 1919-1920, se adoptaron nueve Convenios y diez Recomendaciones.

La edad de oro de las normas

Creada para desarrollar normas laborales internacionales y garantizar su aplicación, la OIT consagró la mayor parte de sus energías a esta tarea principal durante sus primeros cuarenta años. A lo largo de los veinte años que van desde el 1919 al 1939, se adoptaron 67 Convenios y 66 Recomendaciones.

Al principio las normas se centraron en las condiciones de trabajo : el primer Convenio de 1919 se refiere a las horas de trabajo, las famosas ocho horas diarias y cuarenta y ocho semanales. El empleo fue objeto de diversos textos entre 1919 y 1964.

En 1926, se introdujo una innovación importante cuando la Conferencia Internacional del Trabajo estableció un sistema para supervisar la aplicación de las normas que continúa existiendo en la actualidad. Así, creó una Comisión de Expertos compuesta por juristas independientes encargada de examinar las memorias de los gobiernos sobre la aplicación de los Convenios por ellos ratificados y presentar cada año su propio informe a la Conferencia. Su mandato ha sido desde entonces ampliado para incluir memorias sobre Convenios y Recomendaciones no ratificados.

En 1932, tras haber asegurado una fuerte presencia de la OIT en el mundo durante trece años, Albert Thomas falleció. Su sucesor, Harold Butler, pronto tuvo que enfrentarse al problema del desempleo masivo producto de la Gran Depresión. Durante este período, los representantes de trabajadores y empresarios debatieron sobre el tema de la reducción de las horas de trabajo sin alcanzar resultados apreciables. En 1934, bajo la Presidencia de Franklin D. Roosevelt, Estados Unidos, que no pertenecía a la Liga de Naciones, se convirtió en miembro de la OIT.

En mayo de 1940, la ubicación de Suiza en el corazón de una Europa en guerra llevó al nuevo Director, John Winant, a trasladar temporalmente la sede central de la Organización a Montreal, Canadá. En 1944, los delegados de la Conferencia Internacional del Trabajo adoptaron la Declaración de Filadelfia, como anexo a la Constitución, sigue constituyendo la carta en la que se establecen los fines y objetivos de la OIT. La Declaración se abre con una reafirmación de los principios fundamentales sobre los que se basa la OIT, en especial que “el trabajo no es una mercancía”, “la libertad de expresión y de asociación es esencial para el progreso constante” y “la pobreza, en cualquier lugar, constituye un peligro para la prosperidad de todos”. La Declaración anticipa y ofrece un modelo para la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

La Declaración de Filadelfia

En 1944, la Conferencia Internacional del Trabajo, reunida en Filadelfia (Estados Unidos), adoptó la Declaración de Filadelfia en la que se definen nuevamente los fines y objetivos de la Organización.

La Declaración comprende los principios siguientes:

- El trabajo no es una mercancía.
- La libertad de expresión y de asociación es esencial para el progreso constante.
- La pobreza, en cualquier lugar, constituye un peligro para la prosperidad de todos.
- Todos los seres humanos sin distinción de raza, credo o sexo, tienen derecho a perseguir su bienestar material y su desarrollo espiritual en condiciones de libertad y dignidad y de seguridad económica y en igualdad de oportunidades.